

HISTORIAS ROBADAS

Un conmovedor relato sobre las adopciones
falsas en la España del siglo XX



ENRIQUE J. VILA TORRES

De los años cuarenta a los noventa, miles de recién nacidos fueron robados en diferentes maternidades y ciudades españolas y vendidos a otros padres que los inscribían como hijos propios. Ahora, y gracias a las pruebas de ADN, muchos de esos padres engañados e hijos criados en familias que no son las suyas buscan respuestas sobre su pasado.

El abogado Enrique J. Vila Torres recupera en *Historias robadas* algunos de esos casos cuyo relato permite comprender el funcionamiento de las mafias formadas alrededor de este lucrativo negocio. Médicos, enfermeras, religiosos, funcionarios y familiares de las propias víctimas estuvieron involucrados en una trama que podría afectar a unas 300 000 personas en nuestro país que no son hijos de quienes constan en su partida de nacimiento y que está llevando a muchos españoles a formularse una pregunta inquietante: ¿soy realmente hijo de mis padres?

A mi madre biológica, esté donde esté

*A todos mis clientes y amigos que buscan sus orígenes.
Gracias por darme la oportunidad de ayudarlos*

«Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de dementes».

WILLIAM SHAKESPEARE

«Yo no me encuentro a mí mismo cuando más me busco. Me encuentro por sorpresa cuando menos lo espero».

MICHEL EYQUEM DE MONTAIGNE

«La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa».

ALBERT EINSTEIN

Nota a la edición

Esta obra está basada en hechos absolutamente reales, conocidos por el autor en el ejercicio de su profesión de abogado, y asimismo gran parte de ellos de amplia difusión y repercusión pública, a través de otras publicaciones, novelas, artículos de prensa, medios de comunicación e Internet.

Los nombres y apellidos de los protagonistas de estas historias se han omitido o disimulado para evitar su identificación por la obligación de secreto profesional que sujeta al autor como abogado. Asimismo, se han modificado con idéntico fin fechas y determinadas localizaciones geográficas, pero sin alejarlas demasiado, ni unas ni otras, de la época real en la que tuvieron lugar.

Excepto en algunos casos, se menciona el nombre auténtico de sanatorios, hospitales o instituciones donde supuestamente acontecen los hechos relatados, dejando bien claro que las personas que ahora regentan dichas instituciones médicas en nada están implicadas con los hechos delictivos que se relatan en esta obra.

Si alguien se siente identificado, ofendido, perjudicado o dañado por lo que en esta obra se relata, puede ponerse en contacto con el autor, que gustosamente hará las aclaraciones y rectificaciones oportunas, a través de su correo bufetevila@bufetevila.com

Prólogo de Susanna Griso

Un caudal de dudas que no cesa

«El doctor V. me dijo que me presentase en la clínica S. R. con un cojín bajo la camisa. Tenía que parecer que estaba embarazada». El testimonio de Inés ante las cámaras de *Espejo Público* me impresionó. Le contaron que la madre no podía hacerse cargo de la pequeña y no pidió más explicaciones. El bebé era sietemesino. Cuando se lo entregó, el doctor le recomendó que colocase junto a su cuerpecito bolsas de agua caliente, a modo de incubadora casera, y le advirtió de que si enfermaba solo debía llamarle a él.

Éste, aunque particularmente descarnado, es solo un retal de un caso de adopción irregular. Hay muchos más. Y todos ellos tocan resortes emotivos profundos de quienes los cuentan y de quienes los escuchamos.

He tenido la oportunidad de entrevistar a muchas personas que fueron adoptadas y he podido constatar que la búsqueda de sus orígenes puede convertirse en una obsesión, un interrogante que las tortura día y noche. Las preguntas siempre se repiten: ¿quiénes son mis padres? ¿Por qué me abandonaron? A menudo solo les interesa su madre y dejan al padre en un segundo plano. Será porque el vínculo materno se supone inquebrantable, pero está claro que a veces sí lo es.

Quienes desconocen sus orígenes tienden a construirse una historia, una disculpa verosímil para hacer más tolerable el abandono. Imaginan una madre soltera sin recursos, o una joven obligada por su familia ante el temor del «qué dirán». La imaginación es libre y las versiones pueden ir variando con el tiempo. Lo que no cambia es la pregunta: ¿por qué me abandonaron? Es una herida difícil de restañar. Quienes nos sentimos queridos por nuestros padres difícilmente podemos llegar a comprender el abandono. Nacemos con la autoestima intacta porque nos sentimos fruto del amor, depositarios de un inmenso cariño que nos blindamos para crecer y madurar. Solo podemos apreciar lo que eso significa cuando nos ha sido hurtado desde la cuna.

Entonces, el único consuelo posible es saber qué hay detrás del abandono, conocer las circunstancias que llevan a una madre o a unos padres a desprenderse del que debería ser su ser más querido. La respuesta es sanadora. Ya no albergo ninguna duda al respecto.

Entrevisté por primera vez al abogado y escritor Enrique J. Vila Torres en abril de 2008, cuando la Ley de Adopción Internacional introdujo una modificación en el Código Civil español que reconocía el derecho de los adoptados a conocer sus orígenes biológicos, recogiendo la corriente judicial que ya imperaba desde 1999. Hasta entonces había prevalecido el derecho de los padres a ampararse en el anonimato.

El cambio legal provocó un encendido debate en el plató de *Espejo Público*: nos preguntamos qué debía imperar, la discreción en las adopciones o el derecho de los hijos a saber. Los defensores del anonimato pronosticaron que iban a reducirse las adopciones porque algunas madres optarían por el aborto o el abandono ante el temor a ser descubiertas años después. Recuerdo que mi primera reflexión fue: ¿por qué cambiar las cosas, por qué no dejar todo co-

mo estaba y ahorrarnos problemas? Ahora, como he referido más arriba, ya tengo respuesta a esta pregunta. El derecho a saber es algo necesario, de lo que no puede ser privada ninguna persona.

Los problemas más graves aparecen cuando la adopción es ilegal. O sencillamente, no existe adopción y se produce una inscripción falsa del bebé en el Registro Civil, como hijo de unos padres que en realidad no lo son. Todos hemos oído hablar de los niños robados del franquismo, hijos que durante la posguerra fueron separados de sus madres republicanas como una forma más de represalia política. Es desgarrador, una página negra de nuestra historia que debería ser investigada a fondo. ¿Por qué hemos prestado tanta atención mediática a las madres de la Plaza de Mayo y tan poca a nuestras madres de la República? Solo se me ocurre una explicación: cuarenta años de dictadura lo silenciaron todo y durante la transición, posiblemente, nadie quiso hurgar en un episodio tan dramático. Cuando TV3 emitió en Catalunya un espléndido y documentado reportaje sobre esos *Niños robados del franquismo*, algunos dudaron de que algo tan monstruoso se hubiese podido llevar a cabo y después ocultar durante tanto tiempo. Lamentablemente, el franquismo dio para eso y mucho más.

Pero lo que yo no me podía imaginar es que este tipo de prácticas se hubiesen mantenido a lo largo del tiempo, incluso hasta después de la dictadura. Lo que empezó siendo una extorsión ideológica se acabó transformando en un gran negocio de compraventa. Llegado el punto en que no quedaban republicanas a las que robar, como bien se explica en uno de los capítulos de este libro que prologo, todas las mujeres eran víctimas potenciales.

Para mi extrañeza y horror, he podido comprobar desde mi labor periodística que lo que comenzó como algo político se convirtió en un negocio de compraventa de bebés, con una finalidad puramente económica, que perduró incluso como dije, bien entrada la democracia.

Muchos de estos casos son los que Enrique empezó a traernos a *Espejo Público*. Hijos adoptados o inscritos falsos, sin adopción, que descubrían que sus papeles no estaban en regla y que podían haber sido separados furtivamente de sus progenitores. Hay casos en todo el país, pero algunos nombres de hospitales siempre se repiten.

La búsqueda desesperada de los hijos adoptados y de los hijos falsos alimenta las sospechas de muchas madres que siguen llamando al programa para contarnos que dieron a luz en esos mismos centros. Hay un patrón que se repite: solían pensar que el bebé estaba sano, porque lo oían llorar, pero al cabo de pocas horas les comunicaban que había muerto. No les mostraban el cadáver para «ahorrarles el sufrimiento», pero si alguna madre insistía, le enseñaban un cuerpecito helado. Eran jóvenes, normalmente primerizas, y no preguntaban más. Siempre les quedó la duda..., hasta hoy.

Espero sinceramente que la labor de personas como Enrique, en su tenaz labor de investigación y divulgación de este problema tan grave y de dimensiones humanas tan profundas, ayude a esas madres, padres e hijos separados al nacer a reconstruir sus historias de las que fueron privados.

Este libro, estoy segura, contribuirá a ello.

Y desde nuestra profesión, la de periodistas, no lo duden, estaremos siempre apoyando una finalidad tan loable como ésta: la de unir madres e hijos a los que un triste destino quiso separar.

Ojalá lo consigamos entre todos.

Prefacio del autor

Para empezar, una pregunta inquietante: ¿de verdad es usted hijo de sus padres? Dicho así parece una cuestión algo exagerada, pero quizá al acabar de leer este libro le asalten las dudas y vaya corriendo a hacerse la prueba de ADN. Yo espero sinceramente que tal cosa no ocurra, no es esa mi finalidad. Y aun así resulta incuestionable —como podrá comprobar a partir de la lectura de las páginas que ahora sostiene entre sus manos— que en España hay muchas personas afectadas por esta situación... y que quizá ni lo sospechen.

Llevo más de una década en mi despacho de abogados, dedicándome casi en exclusiva a realizar las acciones legales y de investigación precisas para facilitar el encuentro entre familiares biológicos. Además, desentraño todos los vericuetos ocultos de las relaciones familiares sanguíneas, que tantas veces los padres biológicos niegan y ocultan; desde hijos bastardos no deseados hasta madres biológicas arrepentidas o engañadas a la hora de abandonar a sus bebés.

En mi experiencia y para mi sorpresa, casi un 15 por ciento de los clientes que llegan a mi despacho con la pretensión de buscar a sus padres biológicos, porque se creen adoptados, en realidad no lo son. Me explico: al examinar en ese 15 por ciento de casos las partidas literales de nacimiento, compruebo que en ellas no hay rastro alguno de adopción, sino que los padres que constan como biológi-

cos, como legítimos, son los que niegan mis clientes como sus padres auténticos.

Aparte de excepcionales equivocaciones, que también las hay, en estos casos ocurre que esos hijos falsos han descubierto de cualquier forma irrefutable que no son hijos de los padres que constan como tales en sus partidas de nacimiento, y a partir de ahí ellos mismos se autoproclaman «adoptados», para entenderse.

Sin embargo, no podemos hablar de adopción. No la hay. En todo caso y para aclararnos, podríamos decir que son «adopciones falsas», porque fueron inscritos como hijos biológicos de mujeres que nunca estuvieron embarazadas, al menos de esos falsos hijos.

Partiendo de cálculos extraoficiales y muy aproximados según los cuales en España somos unos dos millones de adoptados vivos (sin contar la adopción internacional), y si contamos ese 15 por ciento de consultas de «falsas adopciones», podemos hacer un cálculo inicial de trescientos mil falsos adoptados en la Península, es decir, hijos que constan como biológicos en el Registro Civil de sus padres, cuando en realidad no lo son, y por supuesto no hay adopción de ningún tipo. Sencillamente, fueron inscritos como hijos falsos, y como es lógico, han vivido sus historias robadas con unos padres supuestos que en realidad no lo son.

Pero además, este cálculo de los afectados es también aleatorio y aproximado, pues he aplicado el 15 por ciento resultante de mi experiencia como letrado a los supuestos 2 millones de adoptados legales que hay en España... Sin embargo, ¿por qué no aplicar ese porcentaje a la totalidad de la población española (45 millones somos ya, creo), y no solo a los que verdaderamente son adoptados? ¿Qué lo impide?

Decidan ustedes mismos. A mí casi me da miedo pensarlo.

En cualquier caso, aunque hagamos el cálculo más prudente y nos quedemos con la cifra más baja, trescientas mil

personas son muchas, y no hay forma alguna de constatar, con los papeles que obran en el Registro Civil, que esa situación ficticia pueda afectar a alguien.

¿Es usted uno de ellos?

Difícil saberlo. Para los que quieran imaginar y no sean muy hipocondriacos, estos son algunos de los indicios que he extraído de mi experiencia en estos casos, y que pueden hacer pensar que uno no es hijo de quien siempre ha creído.

A continuación los enumero. Si usted suma una mayoría de situaciones de las que ahora digo, empiece a dudar...

1. Mantiene una diferencia de edad muy grande con sus padres, de cuarenta años o más. Los padres adoptaban o «compraban» a sus hijos cuando a cierta edad ya no podían tenerlos, después de haberlo intentado hasta una edad avanzada.
2. Es hijo único. En caso de adopciones, y también en el de hijos falsos, lo normal era acoger solo a uno.
3. En su partida literal de nacimiento no consta con claridad el hospital en el que nació, o consta incluso que ha nacido en un domicilio particular. Peor si es el propio domicilio paterno.
4. Existen rumores sobre la incierta veracidad del embarazo de su madre, o sobre la posible enfermedad o esterilidad manifiesta de alguno de sus padres.
5. Ha nacido en una ciudad distinta a la del domicilio en el que residían sus padres en el momento de su nacimiento, sin explicación razonable al respecto.
6. No tiene fotos, cartas o cualquier otro documento que acredite el embarazo de su madre.
7. Ha nacido en las décadas anteriores a la de los noventa del siglo pasado.
8. Y por supuesto y de forma evidente, no guarda un parecido físico ni levemente aproximado con sus padres, abuelos o cualquier pariente. Obvia decir que cuanto

mayor sea la diferencia física, más claro estará el asunto.

Como se imagina, tras más de diez años dedicándome a ayudar a mis amigos y clientes a encontrar a sus familiares biológicos, me costó creer lo que la experiencia en mi bufete me estaba enseñando.

Pero era cierto.

Por muy duro que me pareciese, poco a poco fui descubriendo con triste sorpresa que en España, desde la década de los cuarenta hasta bien entrados los ochenta del siglo XX, existía una brutal y despiadada trama de compraventa de bebés, que en la mayor parte de los casos eran arrancados con coacciones, mentiras o engaños a sus madres biológicas, para ser inscritos como hijos legítimos de mujeres que en realidad nunca habían estado embarazadas.

Como ya he dicho, no estamos hablando de adopciones, puesto que no las había: estamos hablando de apropiaciones de niños recién nacidos, de robos en muchos casos, para ser vendidos al igual que si fueran perros, gatos o cualquier otro animal de compañía, como simple mercancía, para satisfacer de manera ilegítima e inhumana las ansias de paternidad de unos cuantos, y la necesidad de llenar el bolsillo de otros muchos...

Estos casos son doblemente dolorosos. Por un lado, se separó a una madre de su hijo de forma no consentida, brutal e inhumana... Y por otro, unos desalmados se lucraron económicamente de este acto ilegal y bárbaro.

Aquí hay dolor. Y mucho.

Como quizá sepa, yo soy adoptado y ayudo a muchos como yo a buscar y encontrar sus orígenes. En esa búsqueda he conocido a múltiples madres y padres biológicos, que me han transmitido sus sentimientos y su dolor, sus sensaciones, sus recuerdos y sus anhelos, como recogí en mi primera novela, *Bastardos*. También traté en ella los sen-

timientos de los adoptados que buscamos, nuestro sueño de abrazar y encontrar a la mujer que nos trajo al mundo, y que tuvo la fuerza, el coraje, de mantener el embarazo para que pudiésemos ver la luz de este bello mundo.

No obstante, y como ya dije, en la mayoría de los casos nuestras madres biológicas «consintieron» esa entrega, más o menos forzadas o presionadas. Ése es otro tema; al menos supieron que sus hijos marchaban a otro hogar, a otra familia, y supieron que el recuerdo de la sangre que dejaban partir las acompañaría siempre en el dolor, en el corazón y en el recuerdo, con la ilusión oculta de que algún día reencontrarían a ese hijo que entonces dejaban marchar con el alma rota...

Aun así insisto en que en los casos de los niños robados, el dolor es doble y diferente porque en los casos que trato en esta novela, basados todos ellos en supuestos reales como aclaro en la nota introductoria de esta obra, las madres biológicas *en modo alguno* consienten la entrega de sus bebés, es decir, les es arrancado de una u otra manera, y siempre de forma ilegítima, el derecho y el placer de ser madres de sus hijos.

En unos casos, los bebés son separados de sus madres con brutales coacciones, incluso con la colaboración de familiares directos que luego las presionan para que no denuncien. En otros, quizá aún más duros, las mujeres que dan a luz creen que sus hijos han muerto, engañadas vilmente por los que intervinieron en el parto, por familiares, por auxiliares eclesiásticos, por su entorno en general, y el fruto de su vientre es entregado, en su ignorancia y evidentemente en contra de su voluntad, a otra familia de la que ya nunca sabrá.

En la mente de muchas de esas pobres mujeres, incluso hoy en día, esos bebés están muertos desde el instante en que nacieron. Su corazón está roto, las heridas en ocasiones cicatrizadas, pero en sus mentes, engañadas e ignorantes, un niño que para ellas nunca se hizo adulto puebla sus

sueños de esperanzas e ilusiones incumplidas. Sin embargo, ese niño es ahora un hombre, y muchas veces vive asimismo en la ignorancia: nunca podrá siquiera intentar abrazar a la mujer que le trajo al mundo, creyéndose hijo de un padre y una madre que realmente no lo concibieron.

Dinero, necesidad, inmoralidad, falsa caridad, religión mal entendida... Motivos ruines que hacen que hoy en día unas trescientas mil personas en toda España se crean hijos de quien no lo son, sin ni siquiera poder iniciar una búsqueda de sus verdaderos orígenes.

Y también el motivo de que aún hoy por hoy, en pleno siglo XXI, muchas madres, con ojos ancianos que aún recuerdan a un bebé al que dieron a luz y creen muerto, acudan arrastrando su vejez, sus arrugas y su sabiduría a cientos de tumbas vacías, en las que creen que reposan sus hijos, para depositar esas flores fruto de su amor que llenarán el alma de un muerto que no existe.

Porque ese supuesto «muerto» respira el mismo aire que nos cubre a todos en esta bendita tierra, lejos de esa madre auténtica, lejos de esa tumba falsa, lejos posiblemente de la ciudad que fue su origen, ignorante también de que su vida no es la que cree tener.

Como en la anterior *Bastardos*, he tratado de ser realista, crudo en ocasiones y muy sentimental, puesto que lo que se narra es tan duro, tan increíble a veces que sin duda lo reclama. Y cómo no, todo cuanto se relata a continuación está basado en hechos absolutamente reales de los que sin duda habrá tenido noticias, y las seguirá teniendo, en los medios de comunicación, ya que la intención de los afectados por estos robos de niños —madres, hijos y familiares en general— es que las autoridades judiciales y administrativas investiguen estos hechos hasta esclarecer la verdad. Esa verdad que ahora les cuento sin más disfraz que el que impone mi obligación de secreto profesional.

Sus vidas son vidas robadas.

Y estas son algunas de sus historias.